AÑO II — BUENOS AIRES 5 DE MARZO DE 1923 — N.o 59

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden -- Redacción y Administ.: PERÚ 1537 -- Valores y giros a A. Barrera

LAS VACILACIONES DEL SINDICALISMO ESPAÑOL

En el ejercicio de la violencia que hizo crisis en el terrorismo gubernamental que envolvió a España en una ola de sangre, estaba sintetizada toda la potencia subversiva del sindicalismo y hasta su doctrina de la acción directa.... La represión ejecutada en Barcelona por el gobierno de los verdugos Martinez Anido y Arleguí, obligó al proletariado a replegarse en sí mismo y a tentar la recapitulación de los episodios sangrientos de los últimos años, de cuya esterilidad se convencieron todos los que no sufrieron la ofuscación de su propio envalentonamiento.

Los sindicalistas españoles, cansados de esa lucha agotadora que llevó al proletariado a su actual postración, se empeñan en plantear problemas paradógicos y en ocultar su nueva postura con toda clase de logomaquias. Vacilan entre seguir a remolque de los acontecimientos o ajustar su conducta a normas políticas y disciplinarias — apenas insinuadas en la reunión plena de Zaragoza —; pero lo que menos harán, pese a su fraseología revolucionaria, es ratificar las primitivas orientaciones doctrinarias de la Confederación Nacional del Trabajo de España y volver a las prácticas del sindicalismo libertario.

Una demostración palpable de la inseguridad ideológica de los jefes y directores de la C. N. T. de España y de su falta de consecuencia con las ideas anarquistas que en su mayoría dicen defender, la tenemos en ciertos pormenores relacionados con el reciente Congreso de Berlin. Para que nuestros lectores se compenetren del intríngulis que formaron en torno a esa cuestión los miembros del Comité Confederal, reproducimos algunos párrafos de una carta de un compañero residente en Zaragoza, en la que se pone en evidencia la disparidad de criterios entre los anarquistas y los síndico-estatistas. He aquí lo que dice el camarada en cuestión:

"Con motivo de la celebración del Congreso de Berlin, hemos pasado aquí un momento de verdadero peligro para los principios de nuestra organización. En la Conferencia de Zaragoza, en junio del año pasado, se acordó romper con la I. S. R., siendo posteriormente reafirmado este acuerdo por la mayoría de las organizaciones de la Confederación, en sus respectivas asambleas. Con esta actitud, el proletariado español determinaba una posición internacional que no daba lugar a dudas.

"Dias antes de la celebración del Congreso de Berlin, el Comité Nacional manda una circular a las organizaciones adheridas, manifestando que, ante el temor de que en Berlin se quedara sola la Confederación Nacional del Trabajo — o que a lo sumo la acompañara la Federación Obrera Regional Argentina y la Confederación Nacional del Trabajo portuguesa — si no se llegaba a constituir la nueva Internacional, se ingresara de nuevo en la Sindical Roja, haciendo algunas proposiciones que dejaran a salvo la independencia sindical y la autonomía de la Internacional de Moscú. Se daba de tiempo para contestar a dicha proposición, hasta el 15 de diciembre, a cuyo plazo la organización que no contestara sería considerada como partidaria del criterio del Comité Nacional.

"En Zaragoza recibimos la circular el día 16 de diciembre (?), y acto seguido se reunió el Comité Regional, acordando protestar contra ese pataleo de los del Comité Nacional. Al efecto, les enviamos un telegrama urgente, poniendo bien de relieve nuestra disconformidad y anunciándoles que iría un delegado nuestro con decisiones concretas si el pataleo se consumaba. En el mismo día salieron varios delegados de la regional a recorrer las organizaciones de la región para contar con la opinión de todos los trabajadores organizados, siendo unánime el criterio en contra de la proposición del Comité Nacional. Se reunen también las organizaciones de Zaragoza y coinciden en todos sus puntos con el criterio del Comité Regional, resolviéndose mandar telegramas a todas las Federaciones adheridas a la Confederación a fin de imponerse a la resolución arbitraria y sospechosa de los dirigentes del Comité Nacional.

"La aprobación de nuestra conducta fué unánime en toda España. Conseguimos lo que nos proponíamos y el delegado al Congreso de Berlin llevó el mandato de constituir la Internacional Sindical Revolucionaria al márgen de los partidos políticos, y si en el Congreso no se aceptaba esta resolución y sí algún apaño con la Sindical Roja, mantenernos al margen de las Internacionales existentes."

En los párrafos transcriptos, se demuestra que, mientras los anarquistas tratan de definir la posición ideológica de la C. N. T., tanto en el plano nacional como en el internacional, los sindicalistas vacilan entre aceptar la orientación anarquista o seguir con su política de las indecisiones, aceptando transitoriamente aquello que más favorece la situación personal de los líderes de la Confederación. Y el mismo Comité Nacional, en su reciente manifiesto a las organizaciones adheridas, — fechado en Barcelona el 9 de enero — es el que se encarga de poner de manifiesto sus propias vacilaciones y el espíritu oportunista que determina todos sus actos. Refiriéndose a la constitución de la Asociación Internacional de Trabajadores, el Comité Confederal dice lo siguiente:

"La Confederación Nacional del Trabajo de España, fiel al acuerdo de la Asamblea de Zaragoza, fiel a su tradición libertaria y revolucionaria y depositaria de los principios ideológicos de la organización sindicalista de España, no se apartará un momento de lo que es su razón de ser, cumpliendo internacionalmente, pero condicionalmente también, aquellos compromisos contraídos y que de ninguna manera sean como una rectificación de conducta, ni representen mediatización en un orden de independencia.

"La Confederación Nacional del Trabajo de España declara, de manera terminante, que nada ni nadie le obligará a desviar su actuación y eclipsar su personalidad sindical, en esencia y potencia libertaria y revolucionaria.

"Los compromisos que definitivamente puedan contraerse, los estudiará y resolverá el Congreso Nacional. Nuestro credo y nuestra ideología no están sujetos, sépanlo todos, a las fluctuaciones internacionales; y no las ha de fortalecer tampoco ninguna internacional. Este es nuestro criterio y es cuanto exponemos para satisfacción nuestra y de los trabajadores."

Siempre el mismo lenguaje rimbombante, que nada explica ni nada determina. El sindicalismo español está enfermo de fraseología revolucionaria, y esa fraseología es la esencia de un reformismo que se teme exponer claramente y sacar a la superficie. ¿No nos dieron suficientes pruebas de su indecisión y de su

FASCISMO...

El "orden", la "disciplina" y el "trabajo", en plena función reconstructiva.

oportunismo, esos jefes que, cansados de "jugar a las internacionales", terminan por poner reparos a la constitución de una internacional que debe ser la antítesis de Amsterdam y de Moscú?

Los anarquistas de España tienen una gran labor que cumplir. Deber librar al sindicalismo de la influencia castradora de los sindico-estatistas y poner fin a esa época de vacilaciones que llevó el desconcierto al seno de la clase trabajadora y a las filas del sindicalismo libertario.

NOTAS

Sacco

Cuando se sabe que hombres todo amor y bondad están purgando en una cárcel la falta de tener un corazón que siente por la humanidad, no puede menos que sentirse un franco repudio por sus carceleros; pero cuando se sabe, además, que habiendo probado su inocencia esos hombres continúan en la cárcel y sus carceleros siguen martirizándolos con el peso de una condena monstruosa, entonces el primer sentimiento se trueca en odio para los miserables carceleros y sus cómplices.

Por eso la noticia de la situación en que se halla el compañero Nicolás Sacco ha de inflamar de odio los corazones de todos los trabajadores honrados, y ha de correr ese odio por sobre el mundo como un reguero de pólvora que amenaza envolverlo en llamas.

Es que se sabe de la inocencia de ese compañero y se compreba la saña de sus miserables carceleros, los verdugos republicanos de Yanquilandia.

Es que se palpa la tremenda injusticia que se perpetra con esos dos desdichados compañeros condenados a muerte para satisfacer a los multimillonarios y.. cobrar la coima.

Es que se sabe, también, que esa condena, ese suplicio recaído sobre los compañeros Sacco y Vanzetti, es un alevoso atentado a las ideas que ellos sustentan, un tiro a mansalva disparado contra el anarquismo.

Y cuando se sabe todo esto y aún perdura la injusticia, está allí presente y palpable, como un desafío de los poderosos a los desheredados, que llegan hasta la cínica prepotencia para humillarnos más, para ponernos más bajo sus talones; cuando el cinismo llega hasta el límite de ver impasible la agonía de un hombre que se niega a comer porque no puede soportar más la infamia de que se le hace víctima, entonces cualquier cosa que ese odio produzca se justifica.

Solamente los miserables y los cómplices se extrañarían que la dinamita estallara como estalla el odio en todos los pechos. Solamente esa prensa encanallada, que silencia la injusticia para no indisponerse con los poderosos, podría *indignarse* porque los pechos que sienten hicieran oír contundentemente su cólera contenida y su mano ruda castigara el rostro de los cómplices diseminados por el mundo.

Los patoteros

Hay quien supone, — vista la real disminución del "patoterismo" — que esa es una prueba de la cultura que está adquiriendo la población nacional.

Ya no hay patoteros que en París destrocen los espejos de una casa pública y paguen 50.000 francos de indemnización; tampoco hacen destrozos en Montevideo los patoteros que veranean allí. Esto nos dicen, regocijados, los mentores de la cultura nacional.

Pero es demasiado evidente que esa *cultura*, sobre todo en la clase acomodada, es todavía bastante inculta; no tiene todavía por donde tomarla que no se pegue en las manos. Una nota bien *alta* la dió días pasados en un match de box en Avellaneda.

¡Es gusto de ponderar la cultura nacional después de tales espectáculos! Especialmente a la burguesía porteña se le hace poco favor calificándola de culta...

De modo, pues, que se debe descartar eso de la cultura de los patoteros, y si efectivamente han disminuido las tropelías de los *niños bien*, ha de ser otro el factor determinante. Los bolsillos de los papás no abultan hoy como en los buenos tiempos de la ganadería; los dueños del cuerno y la pezuña ya no sueltan de a miles para que sus crías averiadas se diviertan rompiendo espejos.

Legislación del asesinato

La legislatura sanjuanina creó una ley para proteger de los rigores del código a una pandilla de asesinos; asesinos que destrozaron con bombas de mano a un gobernador para que otros bandidos se apoderaran del gobierno. Es natural que sucediera lo que ha sucedido, que una legislatura compuesta por bandidos adictos pusiera al abrigo de una ley a los instrumentos que le dieron el poder. Los políticos llegados al poder por el solo esfuerzo de los votos no habrían sido tan generosos con sus votantes; generalmente los políticos les *pagan* a los que los suben al poder, dándoles la espalda.

La prensa *honesta* del país se muestra escandalizada hasta el punto de exclamar, respecto a aquel asesinato y aquella ley: "¡No procedían de otro modo los bandoleros de la edad media!"

A esto, nosotros que no somos miembros de esa prensa escandalizada, podemos agregar, sin temor a equivocarnos: "Así se procedió siempre en este país cuando las víctimas fueron los trabajadores y los asesinos eran los instrumentos del gobierno".

En efecto, ¿qué valor puede tener el escándalo de la prensa para el caso de San Juan, frente a la tremenda tragedia de Santa Cruz?

Serénense, *caballeros* del periodismo nacional, que no es nuevo eso del asesinato legislado. Lo está desde hace tiempo.

Lo mismo que antes

"Y al punto dese por muerto—si el alcalde lo bolea — pues hay no más se le apea—con una felpa de palos. ¡Y después dicen que es malo—el gaucho si los pelea!"

Hace cincuenta años que un argentino de honor y de valor cruzó de un latigazo la cara de sus contemporáneos trepados en el poder. El gaucho, trabajador único de aquellos tiempos, en la gran campiña, era tratado con la iniquidad que refleja la estrofa clásica; y eran los argentinos que habían arrojado a Rosas del poder, quienes trataban así al trabajador que les cuidaba los ganados, que les traía las reses a la ciudad, que se las carneaba, ¡y que se las servía "en la guerra como en la paz"!

¿Veis, compañeros, como en la Argentina el apaleamiento de los trabajadores por la autoridad no es cosa de ayer? El maltratamiento a la clase productora en este país parte del fondo de su historia, es lo que puede asegurarse para darle "contramoquillo" a este otro argentino sin honor, sin valor y sin vergüenza que en la actualidad pretende desvirtuar la tradición miserable de la autoridad argentina.

Exactamente lo mismo que sucedía en la época descripta por Hernandez, ocurre hoy. El obrero es boleado por la autoridad y molido a palos si no se da "por muerto" y a veces dándose también. Lo único que ha cambiado es la forma. Antes fué entre el gaucho y el alcalde; hoy es entre el obrero y la policía.

NUESTRA VIOLENCIA

Yo creo que la propaganda contra el espíritu de odio y de venganza es la que más urge en este momento. Dado el estado de ánimo que ha creado el fascismo con sus infamias y brutalidades, existe el peligro de que una próxima revolución se agote en inútiles violencias. Y contra este peligro, nosotros debemos estar prontos.

Errico MALATESTA

I

Una vez más quiero tratar el problema de la violencia, no para repetir los acostumbrados lugares comunes en pro o en contra, sino para examinarlo en todo su valor y para llegar a una conclusión clara y precisa.

El problema de la violencia es el problema clásico, inmanente de esta hora turbia, saturada de pasiones, de odios y de rencores. El espectáculo pavoroso de la destrucción y del homicidio domina la vida... tenemos tras de nosotros cinco años de guerra que han trastornado a Europa; dos años de conmociones revolucionarias que han demolido el régimen burgués y dos años de contrarrevolución restauradora que han ensangrentado todas las regiones de Italia. Ante nosotros tenemos un porvenir negro; una reacción que no dará cuartel a ninguna idea novadora: quizá nuevas guerras y nuevos dolores. Es la violencia de ayer, la violencia de la guerra, que llama a la violencia reaccionaria de hoy y de mañana.

¿Queremos examinar los beneficios que han traído a la humanidad estos años de espasmo? La guerra ha hecho extragos y ha sembrado miserias y dolores. Debía ser la última guerra, debía ser el fin del militarismo, pero los acontecimientos que se subsiguen demuestran que nuevas guerras ensangrentarán aún al mundo. La Guerra Europea no ha resuelto nada; solamente ha desplazado el centro del equilibrio de las naciones de Europa. El imperialismo tudesco fué sustituído por el imperialismo inglés, o francés, o — con mucho! — italiano... Los sueños de los años sangrientos han desaparecido: la ilusión dejó el puesto a la desilusión.

A la guerra sucedieron las conmociones revolucionarias: huelgas "en vacío" y tumultos "en vacío..." Faltaba un alma a la revolución italiana y faltaba la luz de un ideal. Era un movimiento caótico, indeterminado, sin meta: energías derrochadas, desahogo de rencores, descontento. Faltaba la idea animadora, la idea guía, que es la levadura del sacrificio. Las conmociones revolucionarias se agotaron en el cansancio hasta que vino la contrarrevolución, que hizo retroceder a las clases pobres al estado de servidumbre de hace treinta años.

Nueve años de violencia — de 1914 a 1922 — no han hecho adelantar el bienestar humano en un solo grado. Algo ha cambiado, es cierto: el mundo de los gozadores se ha vuelto más descarado, en las grandes ciudades el vicio y la corrupción son necesidades de vida; la inteligencia humana — desde el aeroplano a los gases axfisiantes, desde los automóviles blindados a los tankes — ha descubierto nuevas máquinas de destrucción; la mediocracia del politiquerismo corriente ha llegado al poder y manda. Pero todo esto, para los "libertarios" no representa un progreso: representa una vergüenza.

Nueve años de violencia inútil, de dolor humano perdido, disperso en el tiempo; nueve años de odio que han dejado en el ánimo de todos las garras rabiosas y nerviosas de la ferocidad.

* * *

¿Por qué? Ante tanto extrago el inexorable interrogante espera una respuesta.

¿Por qué? ¿Tiene acaso bases reales la filosofía pesimista que enseña la fatalidad del dolor humano? ¿El sufrimiento necesidad de vida, es acaso la única realidad de este mundo lleno de ilusiones? ¿Es cierto que la vida, para marchar en el tiempo, lento e infinito, tiene necesidad de señalar el camino con el sollozo del hombre desesperado que se debate en el torno de la angustia? ¿Budha o Schopennhauer fueron quizá los predicadores del evangelio de la realidad?

Hay algo de horrible en la crisis de hoy. Es como una cadena de anillos que se subsiguen. La guerra arrojó el veneno en el ánimo humano. Los hombres aprendieron el odio y olvidaron el amor. Aprendieron a matar y olvidaron la piedad. Cinco años de guerra: cinco años en cuyo curso millones y millones de hombres se entorpecieron en la sangre. La guerra creó su psicología: fué como una mano de acero que aferró el corazón del hombre, fué como una coraza que envolvió el alma humana haciéndola insensible a los sentimientos. Hoy la psicología de la guerra continúa. Toda manifestación de vida es dominada por el horrendo monstruo, toda acción humana trae las huellas — venenoso contagio — de la crueldad bélica.

La guerra creó el espíritu imperialista; el socialismo que floreció sobre los glacis de las trincheras ensangrentadas fué el bolchevismo, es decir, la dictadura de un partido sobre toda la humanidad. Las ideas de libertad y de solidaridad quedaron aplastadas; el feroz individualismo burgués se impuso en todas partes.

Violencia: es la ley inexorable salida de la guerra, la única ley que hoy rige, que guía a la humanidad, que regula la vida.

Europa se ha convertido en un enorme cuartel. Ejércitos, escuadras de acción, escuadras deportistas, instrucción preliminar, gerarquía... La vida que corre no concede un instante de reposo o de serenidad. Odio, nada más que odio; instinto de dominación, espíritu de autoridad. Todos quieren mandar y ser obedecidos; todos quieren maltratar a sus semejantes; todos quieren combatir, vencer, afirmarse. Todos quieren gozar — no importa cómo — pero gozar. Es la lucha por la vida, llegada al paroxismo, exasperada en la ferocidad, exasperada en el ansia de la voluntad que no quiere ceder. Es la quiebra de todos los valores morales.

* * *

Este estado de cosas y este estado de ánimo no pueden ser favorables a la marcha del progreso entendido como ascensión del hombre hacia una forma de vida siempre mejor, hacia la luz de un ideal de justicia y de amor. Las ideas novadoras son hoy repudiadas y el puño de hierro del Estado las golpea inexorable. Bajo el peso del Estado, el individuo gime, sofocado. No hay libertad de pensamiento, ni libertad de propaganda, ni siquiera es permitido confiar en el mañana. La dura disciplina militar ha traspasado los muros de los cuarteles inundando la vida civil. Es necesario obedecer. La ley es impuesta; ni siquiera es discutida.

En Italia todas las corrientes avanzadas están derrotadas. Los ciudadanos se han convertido en súbditos: los pillos hacen la parte de cortesanos en el régimen de dictadura en la esperanza de sacar provecho; los más están resignados a lo "ineluctable". Una reducida minoría intenta, con sacrificio enorme, salvar algunas partículas de libertad... Sacrificio enorme que cuesta lágrimas y dolores.

II

¿Qué hemos aprendido de la violencia fascista? ¡Nada! Porque la violencia fascista — que es acción de Estado — no es violencia que liberta, sino violencia que oprime. Siempre, en todo tiempo y en todas las partes del mundo, la tiranía, la opresión, la injusticia han vencido y se han impuesto por la violencia. El Estado se afirma sobre la violencia y adopta la violencia contra la libertad, contra el individuo, contra el derecho.

El fascismo, para vencer y llevar su dictadura al gobierno de la nación, ha debido matar, incendiar, destruir. Tuvo que llamar a reunión a todos los renegados, abrir las puertas a todos los aventureros; tuvo que desfigurarse a través de concepciones absurdas; tuvo que negociar con los amos del mundo. Venció porque no ha tenido escrúpulos y porque no retrocedió ante ningún delito.

¿Nuestra acción libertaria habría podido emplear las mismas armas empleadas por la acción fascista? ¡No! Porque la nuestra no es acción que oprime, sino acción que liberta; porque la idea anarquista no se impone, porque nosotros, hijos o discípulos de la libertad, no podemos concebir, o mejor, negamos de modo decisivo cualquier régimen que se basa sobre la violencia y nos oponemos a cualquiera que desee imponerse por la violencia.

"La libertad es incompatible con la violencia...": el que habla es siempre el mismo Maestro. Y aún: *"Nosotros, entre Marat y Tolstoi, amamos a este último..."*, y más adelante: *"Nosotros protestamos contra la flajelante injusticia de arriba, no por odio a los poderosos sino por amor a los flajelados."*

Estas son nuestras concepciones, esta es nuestra moral que se opone a la moral del Estado burgués que tiene por base el derecho de la fuerza. El problema de la violencia libertaria parte de esta moral.

Partamos, pues, de *nuestra* moral para tratar el problema de la violencia. El régimen burgués nos pone en la dura necesidad de tener que defendernos. Nosotros queremos propagar nuestras ideas, y el Estado se opone a nuestra propaganda. Nos han trazado las líneas de lo prohibido y de lo permitido: hasta cierto límite se puede llegar, más allá está prohibido pasar. Lo que se permite es una bien mísera cosa, una estulta ilusión. Hay que chocar con la ley. Entonces la ley interviene y con violencia nos obliga al silencio. Entonces debemos defendernos y a la violencia del Estado oponer nuestra violencia. Choque desigual: el Estado tiene las armas, las cárceles, los gendarmes; nosotros no tenemos más que nuestros frágiles músculos. A veces la violencia del Estado asume formas tan odiosas que nos llevan a la exasperación y es entonces que el acto anarquista asume aspectos sangrientos y clamorosos.

¿Violencia libertaria? Es un juego de palabras, porque, como fué ya dicho, no existe compatibilidad entre la violencia y la anarquía. Se emplea la violencia como necesidad suprema que nos es impuesta por causas de fuerza mayor. La burguesía oprime y explota con la violencia y sólo nuestra violencia podrá vencerla en el terreno de la lucha. Ningún razonamiento, ninguna piedad, ninguna propaganda podrán convencer a los enemigos de la libertad. Solo la fuerza.

Pero esta violencia que nos es impuesta por causas extrañas a nuestra voluntad, por necesidades absolutas, no debe ser desencadenamiento de odios y rencores, no debe ser fin de sí misma, es decir, desahogo de bajos instintos. El anarquista no puede, no debe ser un sanguinario, porque las ideas de apoyo mútuo, de solidaridad, de libertad igual para todos, no encuentran puesto en los cerebros extraviados y en los corazones crueles. Nuestra violencia debe ser iluminada por la gran luz del ideal, debe ser guiada por la conciencia clara de sus propios actos, por la inteligencia madurada a través de la experiencia... Nuestra violencia debe rehuir las formas odiosas de la represalia y de la crueldad; no debe ser venganza ciega, debe ser defensa; no debe ser odio, debe ser amor.

Las formas de violencia empleadas por el fascismo para llegar a la victoria deben repugnar a nuestra conciencia de hombres civiles, y sobre todo, no deben ser copiadas. Jamás nuestras armas deben herir por el solo gusto de herir o por la estulta ilusión de sembrar el terror... El terror no resuelve nada. Repito la frase de Malatesta: *"Toda la violencia necesaria para vencer, pero ninguna más, ni peor.*

III

¿Estáis verdaderamente convencidos de que el fascismo ha sido victorioso? ¿Estáis verdaderamente convencidos de que su régimen de violencia, de prepotencia, de autoridad pueda echar profundas raíces? ¿Creéis en verdad que el terror fascista haya llegado a imponerse definitivamente?

¡Yo no! El fascismo está sostenido por una gran parte de la burguesía explotadora de la guerra y por una pequeña parte del proletariado que se ha vuelto cruel en la vida de las trincheras o que se ha bestializado con la educación guerrera. El "escuadrismo" es guiado por el espíritu de aventura y no son pocos los violentos del decaído bolchevismo que han pasado, por amor a la violencia, a las escuadras fascistas. Muchos guardias rojos de ayer son escuadristas de hoy. Son estos los secuaces de la violencia, de la violencia por la violencia, de la violencia fin de sí misma, de la violencia ciega que hiere por el solo placer de herir o de difundir el terror, de la violencia autoritaria ejercida como acto de dominio y de prepotencia. Ayer, estos, obraban en nombre de Lenin y a la sombra de la bandera roja; hoy operan en nombre de Mussolini y a la sombra del trapo tricolor. Hay una diferencia: ayer arriesgaban algo; hoy no arriesgan nada, y por esto son más feroces y han llegado al gran éxito.

Entre ellos y nosotros hay un abismo. Nosotros miramos a un objetivo ideal, tenemos delante la visión radiosa de la Sociedad de mañana, de la fraternidad humana construída con las piedras del amor; ellos solo tienen en su ánimo un instinto que desahogar. La patria no es más que el medio de ejercer la violencia. Por esto ayer eran bolcheviques y hoy son patriotas.

¿Creéis en verdad que estos están definitivamente victoriosos? Escuchad con oído atento lo que bulle en la olla, id a peregrinar por ciertas regiones atormentadas, donde no hay más que escombros de círculos rojos y de cámaras del trabajo, donde no hay más que cruces erectas sobre tumbas de compañeros nuestros — socialistas o anarquistas poco importa — asesinados. Entrad en las casas de los pobres campesinos, que tienen en el bolsillo la tarjeta del sindicato tricolor, e interrogad. Ninguno responderá ... Pero si tenéis intuición profunda, adivinaréis en seguida toda la sorda adversión al fascismo y a la dictadura que ruje en el ánimo de cada trabajador. Vendrá un día, y será pronto, en que la esperanza se traducirá en realidad. Creedlo, compañeros: *merced a la obra tenaz y valerosa de todos los novadores y de todos los humanitarios, la evolución humana ha llegado a tal punto que ningún régimen de opresión puede arraigar entre los hombres. El fascismo está destinado a fracasar porque la humanidad no vuelve atrás. No es sino cuestión de tiempo.*

* * *

Violencia vana, pues, la violencia fascista; vana, se entiende, si se la considera desde un punto de vista superior a la sórdida contingencia que pasa: vana, como fué vana toda aquella mezquina violencia ejercida "en vacío" por los rojos en los años borrascosos de la inmediata post-guerra; vana, como sería vana cualquier otra violencia que no tuviese por guía la conciencia iluminada y un ideal superior.

Hay un peligro. El estado de ánimo creado por la guerra primero y por el fascismo después, ha sembrado mucho odio en el espíritu de los vencidos; quizás se piensa demasiado en las represalias y en la venganza. El peligro está en que la próxima revolución pueda agotarse en inútiles violencias. No, nuestra violencia no debe agotarse en vano, sino que debe crear la sociedad nueva. Nuestra insurrección no debe hacerse para la venganza, sino para la liberación.

Si la acción fascista ha asumido aspectos feroces, si el revólver tricolor no ha callado ante el pecho de los niños y de las madres inocentes, si las acciones más torvas han encontrado apologías a la sombra del falso patriotismo, nosotros no debemos recorrer ese camino; no debemos ser fieras sino hombres. Solo así venceremos y nuestra victoria será definitiva.

"No somos anarquistas por odio, sino por amor", y por eso toda nuestra acción debe ser guiada por este principio.

Carlos MOLASCHI

(o)

CUADROS DE LA GUERRA

LA VICTORIA

ENTRE LOS INDIOS

(Fragmento)

... Los Indios no viajan más que por placer y tienen mucha razón. No sabrían considerar un viaje de otro modo que como una excursión, en la que habrá mucha caza y pesca, miel y frutas del bosque, amoríos, y, a ser posible, al final, *cachiri* y danza. ¡Dichosas gentes que no se atormentan por tener un rango o posición, hacerse ver, elevarse, hacerse conocer, asegurarse el bienestar para la vejez, que no tienen inquietud en el espíritu, sin rencor ni amargo despecho, ni cólera indignada, ni largas esperanzas, ni irreparables ruinas en el alma! ¡Qué hermosos filósofos! No habría uno entre ellos que aceptase tal cual es nuestra vida civilizada; y nosotros que les visitamos, somos demasiado cobardes para renunciar, sin ánimo de reincidir, a estos vicios, a estas debilidades, a estas monstruosas injusticias, a estos decepcionados entusiasmos que denominamos nuestra civilización, para quedarnos con la dicha que allí existe. Pero son confiados, suponen que la carrera del hombre civilizado está hecha de embriagueces superiores y que las arrugas de nuestra frente y el pliegue de nuestro labio son sobre todo la marca de una gran actividad de espíritu, en la que los encantos compensan largamente a los sufrimientos. Buenos y sencillos conservadores, conservad; mejor ese precioso estado social que no debía haberse cambiado nunca: si supiéseis el peligro que hacen correr a vuestra dicha los blancos que os visitan, nos perseguiríais sin piedad desde el primero al último...

Henri COUDREAU

PAGINA DE ARTE

EL ARTE

CONVERSACIONES DE RODIN

XII

Fidias y Miguel Angel

Al decir Fidias me refiero a la escultura griega, pués el genio de Fidias fuó la más alta expresión de la escultura griega.

Vamos a analizar en qué consiste la característica de su concepción, y dónde reside el origen de la impresión de encanto tranquilo, y de dulce serenidad que provoca la escultura griega.

La estatua griega presenta cuatro planos que se contrarían alternativamente. Tomemos el Diadumene de Policleto como ejemplo.

El plano de los hombros y del tórax huye hacia el hombro izquierdo; el plano de la pelvis huye hacia la derecha; el plano de las rodillas huye nuevamente hacia la rodilla izquierda, porque la rodilla de la pierna derecha, plegada, viene más adelante que la otra; y en fin, el pié de esta misma pierna está detrás del otro.

Estas cuatro direcciones, producen a través del cuerpo entero una ondulación muy suave.

Esta impresión de encanto tranquilo le dá también el aplomo mismo de la figura. La línea de gravedad pasa por el medio del cuello y va a caer sobre el maléolo interno del pié izquierdo, que es el que soporta todo el peso del cuerpo. La otra pierna, al contrario, está libre; no posa en tierra sino con las extremidades de los dedos, no ofreciendo, por tanto, sino un punto de apoyo suplementario: podría, si fuera preciso, levantarse sin comprometer el equilibrio. Es una posición llena de abandono y de gracia.

Otra observación importante. El alto del torso se inclina hacia el lado de la pierna que soporta el peso. El hombro izquierdo queda, por lo tanto, a un nivel más bajo que el otro. Pero, por oposición, la cadera izquierda, punto central del esfuerzo, está levantada y saliente. Así, de este lado del torso, el hombro se acerca a la cadera, mientras que del otro lado, el hombro derecho, que está levantado, se aparta de la cadera derecha que baja. Esto recuerda el movimiento de un acordeón que se contrae de un lado y se estira de otro.

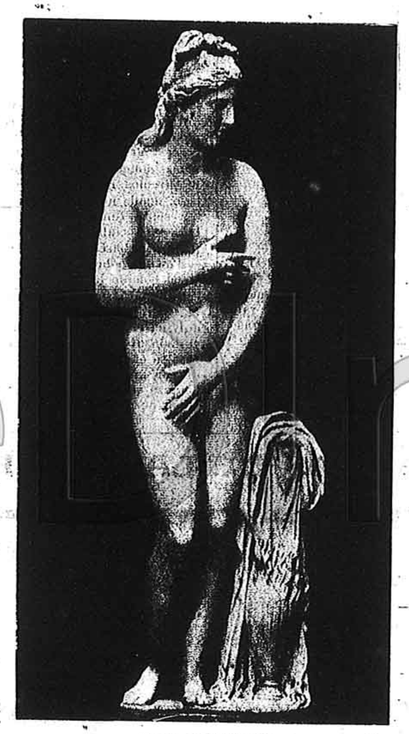
Este doble balanceo de los hombros y de las caderas contribuye también a la serena elegancia del conjunto.

Miremos la estatua de perfil. Está arqueada hacia atrás: la espalda se ahueca y el tórax forma una ligera comba hacia el cielo. En una palabra, la estatua es convexa y afecta la forma de una C.

Esta conformación le permite recibir la plena luz que se distribuye nuevamente sobre el torso y los miembros aumentando así el atractivo general.

Estas particularidades que relevamos pueden observarse en todos los antiguos. Sin duda habrá numerosas variantes, sin duda hay algunas derogaciones a los principios fundamentales, pero siempre se encontrarán en las obras griegas la mayor parte de los caracteres que acabo de indicar.

Traduciendo ese lenguaje técnico en lenguaje espiritual, nos apercibimos entonces que el arte griego significa alegría de vivir, quietud, gracia, equilibrio y razón.



Venus del Capitolio

Analicemos ahora la estatuaria de Miguel Angel. En las estatuas de Miguel Angel, en lugar de los cuatro planos de los griegos, hay dos solamente: uno para la parte superior y otro para la inferior. Esto produce en el gesto violencia y sujeción a la vez: de aquí resulta su extraordinario contraste con la calma de los antiguos.

Digamos de paso, que cuando los planos de una figura están bien colocados, con inteligencia y decisión, todo está hecho, como quien dice; el efecto total conseguido, todo lo que se le agrega después en relamidas minucias, gustarán al espectador, pero son superfluas. Esta ciencia de los planos es común a todas las grandes épocas, y hoy se la ignora casi completamente.

Tenemos, pues, en Miguel Angel, dos grandes planos, uno superior, el otro inferior. las dos piernas están plegadas y, por consecuencia, el peso del cuerpo se reparte en ambas piernas en lugar de apoyar en una de las dos. No hay, por lo tanto, nada en reposo, sino trabajo de los dos miembros inferiores.

Por otra parte, la cadera correspondiente a la pierna que soporta menos es la que sale y se eleva más, lo cual indica que un impulso del cuerpo en ese sentido está por producirse.

El torso no está menos movido. En lugar de inclinarse apaciblemente, como en los antiguos, sobre la cadera más elevada y saliente, al contrario, levanta el hombro del mismo lado con el fin de continuar el movimiento de la cadera.

Nótese además que la concentración del esfuerzo une a las piernas entre sí y a los brazos contra el cuerpo y la cabeza. Desaparece así todo vano entre los miembros y el cuerpo: no se ven más, entonces, esos espacios vacíos, que provinieron de la libertad con que se disponían los brazos y las piernas, aligeraban a la escultura griega: el arte de Miguel Angel crea estatuas de un bloque. El mismo decía que solamente eran buenas las obras que se hubiesen podido hacer rodar de una montaña abajo sin que nada se rompiera; en su opinión todo lo que se hubiese roto estaba de más, era superfluo.

Igualmente, sus figuras parecen talladas para resistir semejante prueba; pero, sin embargo, es cierto también que ningún antiguo la hubiese soportado: las más bellas obras de Fidias, de Praxíteles, Policleto, Scopas o Lisipo, hubiesen llegado abajo en pedazos.

Y he aquí como una palabra que es verdadera y profunda en una escuela artística, es falsa para otra.

Un último carácter importantísimo de la estatuaria de Miguel Angel es su forma de ménsula: las rodillas constituyen el saliente inferior; el tórax entrante, la concavidad; y la cabeza inclinada el saliente superior de la ménsula. De modo que el torso está arqueado hacia adelante, mientras que lo estaba hacia atrás en la escultura griega. Es lo que produce en Miguel Angel sombras tan acentuadas en el hueco del pecho y bajo las piernas.

En suma, el genio más grande de los tiempos modernos ha celebrado la epopeya de las sombras, mientras que los antiguos cantaron la de la luz.

Si ahora quisiéramos, como lo hemos hecho con los griegos, encontrar el significado espiritual de la técnica de Miguel Angel, constataríamos que su estatuaria expresa el repliegue doloroso del ser sobre sí mismo, la energía inquieta, la voluntad de accionar sin esperanza de éxito, en fin, el martirio de la criatura atormentada por aspiraciones irrealizables.

Es sabido que Rafael, durante un período de su vida, quiso imitar a Miguel Angel. No pudo. No pudo encontrar el secreto de la fogosidad condensada de su rival. Porque él se había formado en la escuela griega, como lo prueba el divino trío de las Gracias que está en Chantilly, copia de un adorable grupo antiguo de Siena. Sin saberlo, él volvía constantemente a los principios de sus maestros preferidos. Hasta en las figuras donde pretendió poner el máximo de vigor, conserva siempre el ritmo y el balanceo glorioso de las obras maestras helénicas.

Yo mismo, cuando fuí a Italia con el cerebro lleno de los modelos griegos que había estudiado en el Louvre, me encontré completamente desconcertado ante los de Miguel Angel. Ellos desmentían en todo momento las verdades que yo creía haber adquirido definitivamente. "¡Como! me decía, ¿por qué esa curva en el torso, por qué esa cadera que se levanta, ese hombro que se baja?" Estaba turbado completamente....

¡Y sin embargo, Miguel Angel no podía haberse equivocado! Era necesario comprender. Me apliqué y llegué a comprender.

En verdad, Miguel Angel no es, como se ha sostenido a veces, un solitario en el arte. El es el punto final de todo el pensamiento gótico. Se dice generalmente que el Renacimiento fué la resurrección del racionalismo pagano y su victoria sobre el misticismo de la edad media. No es cierto sino a medias. El espíritu cristiano continúa inspirando a una buena parte de los artistas del Renacimiento, entre otros a Donatello, a Guirlandaio que fué el maestro de Miguel Angel, y a Miguel Angel mismo.

Este fué, visiblemente, el heredero de los escultores de los siglos XIII y XIV. A cada momento se encuentra en la escultura de la edad media esa forma de ménsula sobre la que acabo de llamar la atención; se encuentra ese repliegue del tórax, los miembros adheridos al torso y la actitud del esfuerzo. Sobre todo se encuentra una melancolía que encara la vida como algo provisirio a lo cual no conviene ligarse.

¡Qué diferencia con los griegos! Recordemos la Venus de Milo, esa maravilla de las maravillas! Tiene el ritmo exquisito de todas las obras griegas. pero además algo de pensativo; aquí no encontramos la forma de C, al contrario, el torso de esta diosa se curva un poco hacia adelante como en la estatuaria cristiana. Sin embargo, nada de inquieto ni de atormentado. La obra es de la más bella inspiración antigua, es la voluptuosidad ordenada por la medida: es la alegría de vivir acompasada, moderada por la razón.

Las obras maestras griegas me producen un efecto extraño. Ellas reconstruyen naturalmente en mi pensamiento la atmósfera y el país donde nacieron.

Veo a los jóvenes griegos de cabellos oscuros, coronados de violetas, y a las vírgenes de túnicas flotantes ofreciendo sacrificios a los dioses en templos cuyas líneas eran puras y magestuosas y donde el mármol tenía la cálida transparencia de la carne; imagino filósofos paseando en los alrededores de una ciudad, hablando de la belleza, cerca de algún viejo altar que les recuerda una aventura terrestre de algún dios, mientras las aves cantan bajo la hiedra, en los grandes plátanos, en los matorrales de laureles y de mirtos, y los arroyos hablan bajo el cielo, envoltura serena de esa naturaleza sensual y apacible.

Imaginad a la Victoria de Samotracia sobre una bella ribera de oro, de donde se viera, bajo las ramas de los olivos, el mar chispeante a lo lejos con sus islas blancas!

Las obras antiguas requieren plena luz; en nuestros museos las sombras demasiado densas las hacen pesadas; la reverberación de la tierra asoleada y del Mediterráneo cercano las aureolaba con un deslumbrante explendor.

Su *Victoria*,... era su *Libertad*: ¡qué distinta era a la nuestra! Ella no se arremangaba el vestido para pasar las barricadas. Estaba vestida de leve lino y no de rudo paño; su maravilloso cuerpo no estaba hecho para cotidianas labores; sus movimientos, aunque vigorosos, eran siempre armoniosamente equilibrados.

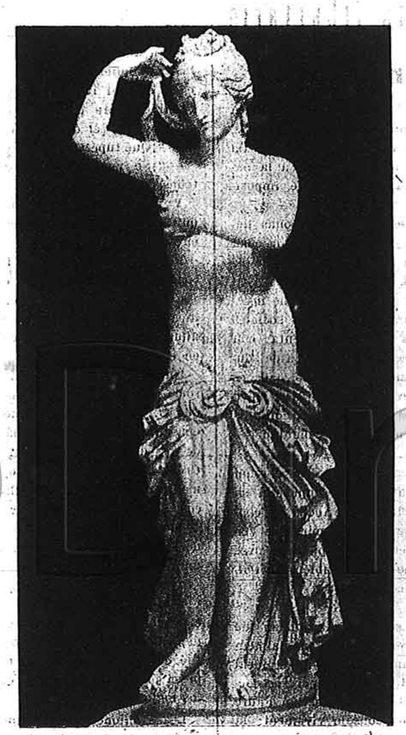
En verdad no era la Libertad de todos los hombres. Los filósofos la contemplaban con arrobamiento. Pero los esclavos que ella hacía fustigar no tendrían amor para ella.

Ese era el defecto del ideal helénico.

La belleza que concibieron los griegos, era el orden soñado por la inteligencia; pero también no se dirigía sino a los cerebros cultivados; desdeñaba a las almas humildes; no tenía el menor enternecimiento hacia la buena voluntad de los seres rudos y no sabía que hay en todo corazón un rayo del cielo.

Era tiránica para todo lo que no fuera capaz de un alto pensamiento; ella inspiraba a Aristóteles la apología de la esclavitud; no admitía sino la perfección de las formas e ignoraba que la expresión de una criatura desgraciada puede ser sublime: hacía arrojar cruelmente al precipicio a los niños contrahechos.

Ese orden mismo, por el cual se exaltaban sus filósofos, tenía algo de demasiado estrecho. Ellos lo habían imaginado según sus deseos y no tal cual existe en el vasto Universo. Lo habían arreglado según su geometría humana. Se lo figuraban limitado por una gran esfera de cristal: tenían miedo a lo indefinido. Tenían miedo también del progreso.



Venus Anadyomene

Según ellos, la creación no había sido nunca tan bella como en la aurora, cuando nada turbaba aún el equilibrio primitivo. Después todo no había hecho nada más que empeorar; cada día se introducía un poco más de confusión en el orden uinversal. La edad de oro, que nosotros entrevemos en el horizonte del porvenir, ellos la colocaban muy lejos en los pasados tiempos.

Así, su pasión por el bello orden los engañaba. El orden, sin duda, reina en la inmensa naturaleza; pero es un poco más complejo de lo que el hombre en los primeros esfuerzos de su razón podía comprender; es, por otra porte, eternamente cambiante.

"Su religión era bella, dice Anatole France, pues que nos ha legado tan seductoras venus; pero dulce, no creáis que lo fué. Era intolerante y tiránica como todo fervor pío. En el nombre de Afrodita de ardientes carnes, muchos espíritus nobles fueron atormentados. En nombre del Olimpo, los atenienses tendieron a Sócrates la copa de cicuta. Recordad los versos de Lucrecio:

Tantum religio potuit suadere malorum!

Si los dioses de la antiguedad nos son ahora simpáticos, es porque, habiendo caído, ya no pueden hacer daño."

Sin embargo, nunca la estatuaria fué más radiosa que cuando se inspiró en ese orden estrecho. Porque esa tranquila belleza podía expresarse completamente en la serenidad de los mármoles diáfanos. es porque había un perfecto acorde entre el pensamiento y la materia que él animaba. El espíritu moderno, en cambio, subvierte y rompe todas las formas en las cuales se encarna.

No, jamás artista alguno podrá sobrepujar a Fidias. Porque el progreso existe en el mundo pero no en el arte. El más grande de los escultores aparecido en los tiempos en que todo el ensueño humano cabía en el frontón de un templo, quedará para siempre inalcanzable.

Véanse en el Museo Nacional los calcos, de la escultura griega, la gótica, y el Moisés, La Piedad, y el monumento a Lorenzo Medici, de Miguel Angel.

DE LEOPARDI

(PENSAMIENTOS)

Es curioso observar que casi todos los hombres que valen mucho tienen maneras simples; y que casi siempre las maneras simples se toman como indicio de poco valer.

La costumbre de permanecer silencioso en la conversación, gusta y es alabada, cuando se sabe que la persona que calla tiene todo lo que se requiere, valor y actitudes para hablar.

La muerte no es un mal: porque liberta al hombre de todos los males, y, juntamente con los bienes, le quita los deseos. La vejez es mal sumo: porque priva al hombre de todos los placeres, dejándole los apetitos y trae consigo todos los dolores. Sin embargo, los hombres temen a la muerte y desean la vejez.

Existe, cosa en verdad extraña, un desprecio de la muerte y un coraje más abyecto que el miedo: y es el de los comerciantes y otros hombres dedicados a ganar dinero, que muchísimas veces, hasta por ganancias mínimas o por sórdidos ahorros, obstinadamente rehusan precauciones y providencias necesarias a su propia conservación y se exponen a peligros extremos, donde a veces, héroes viles, perecen de muerte vituperable. De este oprobioso coraje se han visto ejemplos insignes, no sin ser seguidos por daños y extragos de pueblos inocentes, con ocasión de la peste, llamada preferentemente cólera morbo, que ha flajelado a la especie humana en estos últimos años.

Hay siglo que, por callar el resto, en las artes y en las disciplinas presume rehacerlo todo, porque nada sabe hacer.

Ví cierta vez en Florencia a uno que arrastrando un carro, lleno de objetos, iba con grandísima soberbia gritando y ordenando que le hicieran paso; y me pareció la figura de muchos que van llenos de orgullo, insultando a los otros, por razones no muy distintas de la que causaba la soberbia de aquél, esto es, tirar de un carro.

O yo me engaño o rara es en nuestro siglo la persona generalmente alabada, cuyas alabanzas no hayan empezado en su propia boca. Es tanto el egoismo, y tanta la envidia y el odío que los hombres se tienen unos a otros, que, queriendo adquirir nombre, no basta hacer cosas loables, sino que es necesario alabarlas, o encontrar, que es lo mismo, alguno que por tí las predique y las magnifique de contínuo, entonándolas con gran voz en las orejas del público, para obligar a las demás personas, sea con el ejemplo o sea con el atrevimiento y la perseverancia, a repetir parte de aquellas alabanzas. Espontáneamente no esperes que hablen de tí, por gran valor que demuestres o por más belleza que pongas en tus obras. Miran y callan eternamente; y, pudiendo, impiden que otros vean. Quien quiera elevarse arroje la modestia. También en esto, el mundo es igual a las mujeres, con timidez y reserva no se obtiene nada de él.

El género humano y, a excepción del sólo individuo, cualquier mínima porción de él, se divide en dos partes: los unos imponen la prepotencia y los otros la sufren. Ni ley ni fuerza alguna, ni progreso de filosofía ni de civilidad, impedirá que hombre nacido o por nacer no sea o de los unos o de los otros; cabe que el que pueda elegir, elija. Es cierto que no todos pueden, ni siempre.

Nadie está tan completamente desengañado del mundo, ni lo conoce tan profundamente, ni lo odia tanto, que mirado un momento por él con benevolencia, no se le sienta reconcilíado; como nadie es reconocido por nosotros tan malvado, que, saludándonos cortesmente, no se nos aparezca menos malvado que antes. Estas observaciones sirven para demostrar la debilidad del hombre, no para justificar ni a los malvados ni al mundo.

Ningún signo mayor de ser poco filosofo y poco sabio, que querer sabiar y filosófica toda la vida.

Los hombres se avergüenzan, no de las injurias que hacen, sino de las que reciben. Por lo tanto, para obtener que los injuriadores se avergüencen, no hay otro camino que injuriarlos.

Ninguna cualidad humana es más intolerable en la vida ordinaria ni en verdad menos tolerada que la intolerancia.

Ninguna profesión es tan estéril como la de las letras. Sin embargo es tal el valor de la impostura, que con su ayuda hasta las letras se hacen fructíferas. La impostura es el alma, digamos, de la vida social y arte sin el cual ningún arte ni ninguna facultad, considerándolas en cuanto a sus efectos en el ánimo de los hombres, es perfecta. Toda vez que examines la fortuna de dos personas que sean, la una de valor verdadero, la otra de valor falso, verás que ésta es más afortunada que aquella; más, generalmente ésta es afortunada y aquélla sin fortuna La impostura vale y hace el efecto hasta sin verdad, pero la verdad sin ella no puede nada. Y eso no proviene, creo, de mala inclinación en nuestra especie, sino porque siendo la verdad siempre muy pobre y defectuosa, le es necesario al hombre en toda cosa, para deleitarlo y moverlo, parte de ilusión y prestigio, y prometer más y mejor de lo que puede darse. La naturaleza misma es impostora respecto al hombre; ni le hace la vida amable o soportable sino por medio, principalmente, de imaginación y de engaño.

Un apóstol del ideal comunista libertario

Sebastián Faure

Su vida. — Su obra. — Su apostolado

IV

El educador — La colmena.

Sebastián Faure había sufrido mucho por su propia educación, para no comprender toda la importancia de ésta en la obra emancipadora a la cual se había consagrado. Así desde temprano, mejor dicho, desde el comienzo de su carrera revolucionaria, su espíritu fué obsesionado por el progreso del Niño.

Léase mejor lo que ha escrito en primera línea en su linda e interesante pequeña colección, ingenuamente intitulada: *Para los pequeños.*

"*El niño debe ser él mismo*, afirma valientemente, y agrega: "Yo no me reconozco el derecho de inclinar con anticipación al niño hacia las convicciones que son mías y por las cuales yo no obtesino en la plenitud de mi razón. El *niño* no debe ser un pálido reflejo del *grande;* el rol de padre no es el de sobrevivirse, de perpetuarse, tal cual, en su descendencia; el educacionista no debe tender a prolongarse en el educado, a sustituir su juicio al juicio de éste. No es así como yo comprendo el rol de "hermanos mayores" que nosotros somos. La misión del *grande*, la misión más elevada, la más noble, la más fecunda, pero también la más delicada, consiste en proyectar en el cerebro del *niño* las claridades que guían, en hacer penetrar en su frágil voluntad hábitos que vivifican, en hacer descender a su corazón sentimientos que lo muevan hacia lo que es justo y bueno.

"El educacionista debe ser un ejemplo, un guía y un sostén: nada menos ni más si se quiere que el niño sea él mismo, que sus facultades se desarrollen, y que más tarde, llegue a ser fuerte, digno y libre..."

Esto no es todo. En el curso de su infatigable propaganda, mucho antes de escribir *Para los pequeños*, y de haber madurado sus *Propósitos de un educacionista* y la excelente conferencia sobre el *Niño*, en "*Temas Subversivos*" Sebastián Faure había llegado, como lo hace notar él mismo, a esta doble constatación:

"1.o De todas las objeciones que se oponen para la admisión de una humanidad libre y fraternal, la más frecuente y la que parece la más tenaz, es la de que el ser humano es forzosamente perverso, vicioso, malo; y que el desarrollo de un ambiente libre y fraternal, implicando la necesidad de individuos dignos, justos, activos y solidarios, la existencia de tal medio, esencialmente contrario a la naturaleza humana, será siempre imposible.

"2.o Cuando se trata de personas llegadas a la vejez o simplemente a la edad madura, es casi imposible, y cuando se trata de adultos, llegados a los 25 o 30 años sin haber sentido nunca la necesidad de mezclarse a las luchas sociales de su época, es muy difícil tentar con éxito la obra deseable y necesaria de educación y conversión; en cambio, nada es más fácil que realizarlo con seres jovenes todavía: los niños de corazón virgen, de cerebro nuevo y de voluntad flexible y maleable."

A partir de ese momento en el cual esa doble constatación se impuso a su espíritu, él vió claramente todas las consecuencias lógicas desde el punto de vista de la obra a cumplir; y puede decirse que desde ese momento también, *La Colmena* estaba concebida.

Veamos como ha nacido.

A los que sin ser más anarquistas que yo mismo, quieren juzgar imparcialmente, no digo el anarquismo sino el ideal de la humanidad perseguido por sus doctrinas en general y por Sebastián Faure en particular, yo aconsejó vivamente la lectura de los dos folletos suyos que tienen por título: *La Colmena* y *Propósitos de un Educacionista.*

A lectura terminada, si son sinceros e imparciales, se verán obligados a reconocer que una doctrina que pudo inspirar a un hombre y sostener, durante 10 años, un esfuerzo tan grande y tan desinteresado, merece algo mejor que el desdén, el ostracismo y la persecución.

Para este verdadero Judío Errante de la propaganda, se trataba, en efecto, de encontrar en Francia, y no lejos de París, un punto fijo, un vasto círculo familiar, donde reuniría treinta o cuarenta niños, "para crear con ellos un ambiente especial, donde sería vivida, en la medida de lo posible, desde ahora, a pesar de estar enclavado en la sociedad actual, la vida libre y fraternal: aportando cada uno a dicho círculo familiar, según su edad, su fuerza y sus actitudes, su contingente de esfuerzo, y cada cual tomando del todo, alimentado por la contribución común, su cuota-parte de satisfacciones."

Ahora bien, para realizar ese proyecto, Sebastián Faure no tenía en sus bolsillos más que algunos centenares de francos. Si entonces hubiese hecho un presupuesto exacto del dinero necesario para esa realización, hubiera retrocedido probablemente. La cifra obtenida no hubiese dejado, en efecto, de hacerle aparecer ante sus ojos las dificultades de la empresa, con un relieve por demás impresionante; de donde la espectativa, la espera de sus días mejores, y de donde, probablemente también, el desvanecimiento lento en realizarse.

Para formarse una idea de lo que puede un hombre dominado por un ideal, al que quiere a todo costo asegurar su advenimiento, es necesario leer *La Colmena*, cómo, con la irrisoria suma de que disponía, Sebastian Faure alquila, por cuatro mil seiscientos francos, un dominio de 25 hectáreas, incluyendo un vasto edificio con unas quince habitaciones, donde no había ni cama, ni mesa, ni armario, ni una silla, ni un trapo, ni una colcha, ni siquiera un vaso y una servilleta, y en el cual iba sin embargo a reunir 25 niños, para darles de comer el pan del cuerpo y el del espíritu.

—"¡Qué tupé!" se decía a su alrededor.

—"¡Se vuelve loco!" se repetía por todas partes.

Y muchos de sus mejores amigos a quienes expuso sus planes, lo miraron entristecidos.

Felizmente para la obra futura, no encontró solo excepticismo y desprecio.

Con su palabra ardiente, supo comunicar a otros todo lo que hervía en su alma de fe ciega y de locas esperanzas en el éxito.

Numerosos colaboradores se presentaron no menos desinteresados y ardientes que él. Tuvo hasta la felicidad de atraer enseguida a su obra al más refractario de sus discípulos en la persona de *Don Crédito.* Sí, sin un centavo, encontró el medio de comprar por millares de francos, hacer deudas, suscribir obligaciones. Y lo más extraordinario es que ha pagado las unas y cumplido con las otras con una fidelidad absoluta.

Ahora, si se quiere penetrar más toda vía el alma de Sebastián Faure, apreciar con imparcialidad su obra y su vida, es muy interesante conocer lo que fué el presupuesto de *La Colmena*, empresa juzgada, al iniciarse, quimérica por los mejores de sus amigos.

Léase entonces el presupuesto del 30 de junio de 1913 al 30 de junio de 1914 (*La Colmena* tenía entonces 10 años de existencia) en la página 44 del folleto. Que después de examinar en detalle las cifras llenas de interés, se preste atención a las reflexiones que ellas inspiran a Sebastián Faure y que yo no resisto al deseo de dar aquí:

—"... Entre nuestros gastos y nuestras entradas, la diferencia ha sido entonces de 29719 francos, en cifras redondas 30.000 francos. Este déficit de 30.000 fr. ha sido cubierto con el producto de mis conferencias en el curso del mismo lapso de tiempo, es decir, del 30 de junio de 1913 al 30 de junio de 1914.

"Es equitativo reconocer que ese deficit es grave e inquietante.

"Yo no estoy en mi primera juventud; llego a la edad en que las fuerzas flaquean; me siento todavía robusto y sano; tengo la misma resistencia de hace veinte años. Es necesario sin embargo prever que yo no podré prolongar impunemente más allá de algunos años el esfuerzo sostenido y enorme que hago desde hace más de un cuarto de siglo. La vejez, a pesar de todo, viene con su inevitable y doloroso cortejo de desfallecimientos y enfermedades.

"Es prudente prever también la enfermedad, el accidente, la muerte, que pueden caer sobre mí y llevarme bruscamente o ponerme fuera de combate.

"Y por el exámen de las cifras que van más arriba, los amigos de *La Colmena* pueden concebir sobre su porvenir vivas aprensiones...

"Yo comparto las alarmas de nuestros amigos y desde hace tiempo vivo en la angustia de cualquiera de esas eventualidades que ennumeré y de esa fatalidad ineluctable: la vejez, a cuyo umbral me encuentro."

Confieso que llegando a este punto de mi lectura me sentí, yo, poseído por una incomparable emoción. Y entonces, ¿qué será de él una vez franqueado ese umbral? ¿Qué hospital, qué asilo, qué refugio se abrirá ante él, cuando su mano no pueda escribir más, cuando su voz no encuentre más en su pecho sino un aliento debilitado por la enfermedad? ¿Tendrá que ir a implorar esa caridad burguesa, la limosna capitalista, esa Asistencia Pública, pudridora más bien que salvadora del pobre, y contra la cual, durante su vida, fulminó sus anatemas más elocuentes?

¿Tendrá que golpear, con trémula mano a la puerta de uno de esos modestos hogares cuyos niños educara y donde brilla la llama de sus más queridas ideas? Puede ser. Pero ni una palabra sobre sí mismo en las líneas que acaban de leerse y que tienen, sin embargo, el aire de un testamento. Todo por *La Colmena!* Todo para sus niños espirituales! Todo por el noble ideal que ha llenado su larga vida!

En cuanto a él, no cuenta.

¡Anarquía! ¡Anarquía! ¿Qué eres tú realmente? ¿No eres sino una quimera igual a otras hacia las que nuestra pobre humanidad no ha cesado de tender los brazos implorantes? ¿O bien eres realmente como quiere el buen Sebastián Faure, la noble, la bella, la divina realidad de los siglos venideros, que salvará al mundo del Universal Dolor, dándole la Felicidad Universal?

Como quiera que sea, cuando yo encuentro sobre mi ruta un hombre que por el triunfo de su doctrina ha hecho lo que Sebastián Faure hizo por el triunfo de la suya, me inclino profundamente, saludo respetuosamente al apóstol y más respetuosamente todavía al ideal o la quimera que la ha suscitado.

Será con el exámen de este ideal, fijado en su obra filosófica y sociológica, que terminaré este estudio o capítulo.

P. Vigné d'OTON

Suscripción del Suplemento y "La Protesta" inclusive,
$ 2.— mensuales

El sofisma anti-idealista de Marx

"Para la producción social de sus medios de subsistencia, dice Carlos Marx, los hombres mantienen relaciones determinadas, necesarias e *independientes de su voluntad;* relaciones de producción que corresponden a un estado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas sociales de conciencia determinada. El modo de producción de la vida material condiciona, *in globo*, el proceso social, político e intelectual de la vida. *No es la conciencia de los hombres la que determina su manera de ser, sino, al contrario, su manera de ser social la que determina su conciencia.*"(1)

Es, como se ve, el rechazo de todo rol de la fuerza moral en la determinación de los acontecimientos humanos. Los sentimientos, las ideas, el ideal, no tienen ninguna eficacia propia, no tienen ninguna influencia real en la vida: no son sino las apariencias ilusorias de un determinismo material sobre el cual no tienen acción alguna. Es el interés, el interés material, el interés económico el que rige el mundo.

Es la teoría que ha hecho fortuna con el nombre de concepción materialista de la historia. Es la que una infinidad de papagayos, con lentes y sin ellos, nos repiten incansablemente hace medio siglo de germanización del socialismo. Es la que Engels, el *alter ego de Marx*, resumía así: "Las causas determinantes de tal o cual metamórfosis o *revolución social, no deben buscarse en la cabeza de los hombres...* sino en las metamórfosis de la producción y del intercambio." (2)

* * *

Notemos, por de pronto, que ella se apoya sobre una metáfora, sobre una metáfora que sustituye a la realidad y sobre la cual se razona como si se tratara de la realidad misma. De hecho, no existe tal *super-estructura* social. Esa no es sino una expresión metafórica y metafísica, una imaginación gratuita y arbitraria, suponiendo precisamente, con una petición de principio, lo que se trata de demostrar: la nada del ideal y la divinidad de la materia.

Basta abrir los ojos a la realidad para ver disiparse ese miraje. Lo que nos enseña, en efecto, el mundo social, es una armonía orgánica, donde las ideas, lejos de aparecer como un *caput mortuum*, como un elemento muerto, sin realidad, aparecen, al contrario, como un elemento con vida propia, como una fuerza autónoma, en todas partes presente y activa.

Ciertamente, el hombre no es puro espíritu, y sus ideas, como sus sentimientos, sufren grandemente la influencia del medio material donde él evoluciona, del régimen económico bajo el cual vive. Pero, por pronunciada, por notable que sea esta influencia, no es exclusiva, ni es todopoderosa. "El hombre no vive de pan solamente." Hay otras relaciones además de las relaciones económicas. Otras necesidades además de las necesidades materiales. Y si él es, como se ha dicho, "hijo de la bestia", su naturaleza está lejos, sin embargo, de la simplicidad bestial que justificaría — hasta cierto punto — la tesis materialista. Su naturaleza es compleja. Tiene, al lado de sus necesidades materiales, necesidades afectivas. Tiene necesidades intelectuales. Las unas y las otras intervienen — o pueden intervenir — en las reacciones que él produce al medio y que atestiguan su rango en la escala de la vida.

Es que el hombre no es "un simple animal egoista". *Es naturalmente sociable; nace sociable como todos los animales bisexuales* y llega a ser, así, cada vez más *social*, es decir, susceptible de altruismo al mismo tiempo que de egoísmo.

Es que él está dotado también de razón, es decir, de la facultad de razonar, de percibir abstracciones y de coordinar sus ideas abstractas.

Y de esta triple naturaleza del hombre derivan, en la conducta de la actividad humana, tres órdenes de móviles: móviles egoistas; móviles altruistas; móviles impersonales o ideológicos.

¿Ideas puras? ¿Razón pura? ¡No: nosotros dejamos eso para los metafísicos! Pero sí *dinámica cerebral*. Después de los sabios estudios de Foullee y de Tarde, no puede permitirse ignorar que las ideas son fuerzas y las imágenes sugestiones casi-hipnóticas." (3)

* * *

Esta vida y esta actividad autónoma de las ideas, nosotros podemos, a pesar de lo que diga Marx, constatarlas, por de pronto, en el dominio económico: en esas relaciones económicas que Marx declara *independientes de la voluntad* de los hombres.

"Un fenómeno económico, dice muy juiciosamente G. de Greef, no es un fenómeno puramente material"(4). Y puntualiza: "Los fenómenos económicos que estoy de acuerdo en considerar, con la escuela de Marx, como fenómenos fundamentales de la extructura y de la vida colectiva, *implican elementos ideológicos.*" (5)

Y agregará puntualizando más todavía: "Desde el momento que un fenómeno no es *social*, no es *nunca* puramente material."

Nada más cierto. Tan cierto que Espinas pudo decir, en su admirable libro sobre *Las sociedades animales*, que una sociedad es un "organismo de ideas" y que Eliseo Reclús, en *Evolución y Revolución*, pudo, por su parte, escribir con razón: "La sabia es la que hace al árbol; las ideas son las que hacen a las sociedades. *Ningún hecho histórico ha sido mejor constatado.*"

¿En qué queda, entonces, la afirmación de Carlos Marx negando, en las relaciones de la producción, el rol de la voluntad? ¿No es verdad que una vez más se ha confundido fatalismo con determinismo?... Fatalismo: es decir, concepción simplista de la causalidad. Determinismo: es decir, negación del absolutismo y de lo arbitrario en la naturaleza, concepción compleja, concepción sintética, de la etiología de los fenómenos.

El simplismo económico, el simplismo *materialista* de Marx es tan falso, tan absurdo como el simplismo de los idealistas puros. Negando la causalidad de la conciencia y de la voluntad, desconoce esta verdad psicológica: que toda acción consciente es un complejo donde interviene como fuente, como factor eficiente, el factor personal, el factor psíquico; desconoce, en fin, esta verdad sociológica: que la vida social reposa sobre la psicología colectiva, que de ella emana, en cierto modo, como la flor del pedúnculo.

Reconocer, al contrario, con buen sentido, la parte, por mínima que ella sea, de la ideación y del pensamiento personal en las determinaciones de los arreglos humanos, es negar la fatalidad de los fenómenos económicos, es destruir en su base el sofisma anti-idealista de Marx, es dar nuevamente a la voluntad razonada del hombre su dignidad y sus derechos.

* * *

Sea! se nos dice. El *materialismo* estricto, el materialismo puro, es un error. Pero no así el *economismo*. Ciertamente, las ideas tienen su independencia relativa y su rol autónomo en la producción de los fenómenos económicos; pero una vez producidos éstos, los otros fenómenos sociales, los otros fenómenos colectivos, no son más que un desarrollo fatal, una consecuencia automática. Es del modo de producción de la vida material que resulta el proceso social, político e intelectual de la vida. "Las causas determinantes de tal o cual metamórfosis, o revolución social, no deben buscarse en la mente de los hombres... sino en las metamórfosis de la producción y del *intercambio.*"...

Así el problema se desplaza pero continúa siendo el mismo. Se trata de saber si el movimiento propio de las ideas limita sus efectos a la estructura económica de la sociedad, y si, después, todo el resto, todo el "proceso social, político e intelectual de la vida", no es sino un "reflejo mental" de la realidad económica, un miraje que cubre esa realidad, y si la independencia relativa del pensamiento y de la acción no prosigue en todos los dominios de la vida. Todas las ideas del hombre, no son, en resúmen, sino ideas *interesadas*, y por lo tanto, después de haber rechazado el fatalismo materialista, ¿tendremos, al fin de cuentas, que resolvernos a admitir el fatalismo económico? Tal es el problema que impone a nuestro exámen no ya la interpretación *materialista*, sino la "interpretación económica de la historia."

* * *

"Es peligroso, dice Pascal, hacerle ver demasiado al hombre como se asemeja a las bestias, sin demostrarle su grandeza. Todavía es más peligroso hacerle ver su grandeza sin su bajeza. Es todavía más peligroso dejarle ignorar lo uno y lo otro."

¿No es asimilar el hombre a la bestia el creerlo incapaz de elevar su pensamiento por encima de sus intereses materiales y los de su grupo? No es gritarle su grandeza — su grandeza natural, fisiológica, innata — el negarle aptitud para las ideas abstractas, para las ideas superiores que hacen la dignidad de su especie, o de tratar a esas ideas como vanas ilusiones?

Sí, el hombre es un animal, y como tal está sometido, lo sabemos hasta la saciedad, a todas las exigencias, a todas las necesidades fisiológicas de la vida animal; pero es también un ser pensante, un ser dotado de conciencia y de razón, susceptible de concebir y de querer lo *justo*, en todos los dominios y en toda la amplitud del término. Tener un ideal — una idea abstracta, una idea sintética — de igualdad y de justicia, he aquí lo que constituye la nobleza y la superioridad humana.

Ciertamente, muchos humanos, por desgracia, no son hombres; no son todavía más que antropoides, monos perfeccionados; esos no se interesan por las ideas abstratas sino en cuanto convienen a sus intereses. Pero esos retardados de la evolución, esos seres menores en los que dormitan todavía las virtualidades humanas, no son sino larvas de humanidad, y no son ellas las que hacen la historia humana.

Los que hacen esa historia en todos los dominios, los creadores del porvenir, son aquellos a quienes anima una idea, una idea abstracta, tanto más fuerte cuanto más sintética y más justa es. La idea, digan lo que digan los marxistas, guía al mundo.

Idea abstracta; pero no entidad metafísica, no elucubración sin contacto con la realidad: idea viviente, idea-fuerza dependiente de la física universal y sometida a sus leyes. Cualquiera que sea su fuerza motriz, la idea no goza de ningún privilegio sobrenatural. Realidad física, no escapa, por elevada y justa que sea, a la presión del medio ambiente y no se trata absolutamente — que nadie se engañe! — de pasar de un simplismo a otro y de reemplazar con un absolutismo idealista el absolutismo materialista cuya vacuidad hemos reconocido.

* * *

Las ideas sufren entonces la presión de las condiciones económicas. Y esta presión es comunmente tal que, puede decirse, en su conjunto, la vida colectiva depende de ella. Depende, pero no nace de ella como de una fuente. Esta queda, diga lo que quiera Engels, "en la cabeza de los hombres". Y nosotros podemos ver en todos los dominios de la vida la independencia relativa de las ideas, con respecto a las condiciones económicas, manifestar sus efectos.

En la vida política, por de pronto, ¿no vemos a menudo, en el curso de la historia, la agitación desenfrenada de los partidos y hasta golpes de Estado paralelos a un régimen económico perfectamente estable? ¿Y se encontrará nunca un historiador concienzudo que ensaye relacionar *todo* acontecimiento político de la vida de una nación con una causa económica de la cual sea la consecuencia fatal?

¿Por qué? Porque los hombres y los partidos no luchan solamente por razones económicas, sino por causas sentimentales e intelectuales en las cuales el interés material no tiene nada que ver. Cuando Marx y Engels, por ejemplo, afirman en su *Manifiesto comunista*, que la libertad de conciencia en su advenimiento en la escena política del mundo, no hizo "sino proclamar en los dominios del saber el reino de la libre competencia", ¿olvidan que, cualesquiera que sean, sociológicamente, las relaciones orgánicas que ligan a los dos fenómenos y los solidarizan, no es menos cierto que *nada* permite subordinarlos el uno al otro, que nada permite establecer *entre ellos* una relación de causalidad más bien que relacionarlos con una causa común y de hecho, no es precisamente esta "ideología" tan desdeñada por el materialismo marxista que se revela, en el análisis, como la causa común de esos dos grandes hechos históricos, concomitantes pero independientes el uno del otro, tan *independientes el uno del otro* como dos hojas de un mismo árbol, como dos chorros de una misma fuente? Aún más, esta independencia recíproca del hecho político y del hecho económico ¿no es acaso tan patente, tan real, que vemos numerosos hombres y grupos de hombres, sin inconsecuencia alguna, sufrir el ascendien-

La unión del Capital y el Trabajo...

te de una de las causas y repudiar la otra, demostrarse, por ejemplo, firmes sostenedores de la libertad de conciencia al mismo tiempo que irreductibles adversarios del individualismo económico? Más todavía, ¿no es claro, en fin, que si la psicología colectiva que traducen esas ideas y esos hechos resulta, en parte, de intereses económicos, deriva ciertamente, por otra parte, de factores intelectuales y morales absolutamente fuera de las cuestiones de la producción y el intercambio? Ningún hombre sensato pretenderá que todos los "liberales", que todos los partidarios de las libertades políticas, hayan llegado a serlo bajo el imperio de intereses materiales; nadie sostendrá que no existen entre ellos, y en gran número, hombres cuya actitud es dictada por el ideal mismo, por altas preocupaciones ideales, filosóficas y morales, sin cuidado ni influencias de orden económico.

"Si los negros o los coolies chinos, dice Menger, (6) trabajasen en las fábricas alemanas, nunca hubiese nacido una democracia socialista, *hasta suponiendo reunidas todas las condiciones necesarias de orden económico.*" ¿Qué es esto sino decir que el economismo es un determinismo simplista, que si las circunstancias económicas *condicionan* generalmente un fenómeno político, no lo *necesitan* ni lo *producen*, y que no son ellas, sino un estado psicológico de los actores, los que a fin de cuentas son el factor eficiente? Las circunstancias económicas no bastan tampoco para explicar las filosofías, las morales ni las religiones.

Las religiones, esas filosofías infantiles, están lejos de ser, como lo quieren los marxistas, un puro *reflejo* de la situación económica; no son simplemente un consuelo engañoso, una nube que oculta la realidad de la vida material; el sentimiento religioso es algo más, en verdad, que la "necesidad económica invertida" que busca en un más allá imaginario las satisfacciones que le faltan en este mundo. Es esta una concepción muy pobre y muy ingenua, muy simplista, de la génesis y del carácter de las religiones. Estas son, en realidad, y sobre todo, tentativas de explicación del universo y sus fenómenos, ensayos anticipados de cosmología, productos, manifestaciones de la necesidad de comprender, de la necesidad intelectual de síntesis, de la necesidad filosófica que caracteriza al hombre y que lo eleva sobre sus antecesores animales.

Pretender que su ideología no sea sino el efecto de la vida material, es verdaderamente abusar de la paradoja: es torturar a la dialéctica y al buen sentido.

¿Cómo pretender, por ejemplo, que la prédica de Jesús de Nazareth o de Budha Sakia Muni, no fué sino el resultado de una revolución técnica, de una "metamórfosis de la producción y del cambio"? ¿Cómo pretender que todos los dogmas católicos, proclamados en el curso de la historia religiosa del Occidente europeo, no han sido sino el producto fatal y el reflejo de su historia económica? Toda la sutileza sofística de los exégetas de Marx puede hacer las piruetas que quiera, no llegará nunca a sostener de pié o a apuntalar este absurdo: la explicación económica de las religiones y de las filosofías.

Y si las circunstancias económicas no bastan para explicar las filosofías ni las religiones, ¿cómo van a explicar las concepciones jurídicas y morales?

Estas están, piénsese lo que se quiera de ellas, bajo la dependencia de aquellas. Si no nacen de ellas enteras, toman por lo menos una buena parte de sus elementos, y sería difícil, por ejemplo, concebir el derecho divino sin la religión, como sería difícil de concebir una moral humanitaria y sin dogmas, fuera de una cosmología, fuera de una concepción sintética que la justifique y la inspire. ¿No es acaso toda una filosofía, toda una concepción del universo, al mismo tiempo que del hombre, lo que se afirma en este repudio del absolutismo y de lo arbitrario, en esta moral de dignidad humana, donde ya puede percibirse la palabra de orden del porvenir?

* * *

Y no solamente la economía no explica las concepciones jurídicas y morales reinantes, que dependen, por consiguiente, de la filosofía, de la cual derivan consciente o inconscientemente, sino que son, al contrario, las concepciones jurídicas y morales que dan la clave del régimen económico que ellas gobiernan. *Es necesario invertir los términos de la relación establecida por Marx.* Incontestablemente, en el mundo humano, la concepción cosmológica, la concepción jurídica, la concepción moral, resultante, derivando la una de la otra, pueden y determinan y rigen a la organización, económica y social, de la cual son el alma.

De modo que es una falsedad decir, con la versión marxista de las Estatutos de la Internacional, que resume tan claramente el error de Marx y su punto de vista metafísico, que, "la sujeción económica del trabajador a los detentadores de los medios de trabajo es la *causa primera* de su esclavitud en todas las formas". (7)

Esta causa primera no es primera para nada. Tiene su fuente en una concepción jurídica, en la concepción de la propiedad, y es ésta — basada a su vez en un error filosófico; la ilusión absolutista, la ilusión de la creación autoritaria — que le da fuerza y vigor, que le da la fuerza moral sin la cual todo régimen económico no es sino un cuerpo sin alma, un cuerpo sin vida. La verdadera causa, no primera pero *eficiente*, de toda esclavitud social viable *está en el espíritu que la justifica*, en la razón, en la razón perdida, ilusionada, que la expone, la sostiene y le da la fuerza de la vida.

Causa primera no existe. No existe más aquí que en cualquiera otro dominio. Nosotros nada tenemos que hacer con esta vana metafísica. Y la superstición materialista de Marx vale a nuestros ojos tanto como la superstición contraria, el idealismo puro que él combate tan asperamente.

Ciertamente, es verdad: nada de realizaciones ideales sin base material propicia. Pero esta no es sino *la condición, no es la causa, la fuerza motriz del acto.* Importa mucho no confundir. Y es lo que hace el marxismo: confunde *condición y causa.*

La fuerza motriz de nuestros actos está en nosotros: está en las diversas necesidades de nuestra naturaleza... Y es esto lo que se nos repite nuevamente volviendo a la carga. Es necesario vivir, se nos dice, antes de filosofar. *Primun vivere, deinde philosophare.* —Sin duda, si filosofar significa hacer metafísica.. Absolutamente si significa buscar lo que es justo. Se vive, queda entendido, antes de razonar. Pero lo justo, lo justo bajo sus múltiples aspectos, ¿no es acaso, *la ley misma de la vida, la ley misma de la fuerza*? Y todo ser animado, sea el que fuere, hasta el más inconsciente, ¿no soporta esta ley y no tiene un instinto?

Este instinto es el germen de la fuerza moral, es el germen de la dignidad humana. El solo hecho de su existencia hace del amoralismo materialista una aberración y un contrasentido.

Pablo GILLE.

(1) Carlos Marx — *Zur Kritik der Politischen Ekonomie. Vorword.*

(2) Engels. *Herrn Duhrings's Umwaczung der Wissenschaft.*

(3) Ch. Recolin. *Solidaires.*

(4) G. de Greef. *La Sociologie Economique.*

(5) G. de Greef. *Obr. cit.*

(6) Menger. *Etat populaire du Travail.*

(7) *Redacción marxista de 1871. La redacción primitiva francesa decía más juiciosamente: la fuente.*

(D) La civilización de los persas.

En el Irán, vasto territorio, cinco o seis veces mayor que Francia, habitaban tribus Aryas, cuyos indígenas eran pastores.

El Iran esta situado entre el mar Caspio, el gofo Pérsico, el Indus y el Tigre. Se compone de una gran parte estéril debido a los ardientes desiertos de arena y a las altas mesetas heladas.

Cuando los Aryas desaparecieron, otras tribus habitaron el Iran.

Entre ellas solamente dos tienen una historia: los Persas y los Medas.

LOS MEDAS tocaban con Asiria, habitaban el Oeste del Iran. Fueron ellos los que destruyeron el Imperio Asirio y a Nínive su capital.

LOS PERSAS habitaban el Este del Iran. Hasta los veinte años, los niños persas no aprendían más que a andar a caballo, a lanzar el arco y a decir la verdad.

En el siglo VI antes de nuestra era, Ciro, rey de Persia, destrona al rey de los Medas, pone bajo su cetro a todos los pueblos del Iran, conquista después la Libia, la Caldea con Babilonia y Asia Menor.

Nunca, desde que la humanidad constituía naciones, tantos pueblos distintos habían obedecido a un solo señor.

Su hijo Cambises agregó el Egipto a ese inmenso imperio. Quedaba así coronada la conquista de todo el mundo antiguo de los persas.

Un mago, Gaumata, subleva al pueblo y se hace rey de Persia y de los Medas. Pero Darío, acompañado de varios partidarios, mata a ese impostor. Reconquistó la Persia. La agrandó también, conquistando la Tracia y una provincia de la India.

RELIGION. Los Persas consevaban al principio el culto de sus antepasados los Aryas, es decir, adoraban las fuerzas de la Naturaleza, sobre todo al sol (Mitra).

Pero hacia el VII siglo, Zarathustra, sabio de la época, reformó esa religión. Su doctrina, redactada mucho tiempo después de su muerte, constituía el libro sagrado de los Persas, y comprendía 21 libros escritos sobre 12.000 pieles de vaca unidas con hilos de oro.

Los musulmanes destruyeron esos libros cuando invadieron Persia. Pero algunas familias emigradas a la India, habían llevado una copia.

La religión de Zarathustra comportaba un soberano que todo lo sabe: "Ahura Mazda, muy bueno, muy grande, muy enérgico, muy inteligente, muy bello, eminente de pureza, poseyendo la buena ciencia, el que nos ha criado, formado y alimentado." Como es muy bueno, todo lo malo que hay en el mundo ha sido establecido por un dios malo: Angra Manyon.

Resulta de eso que hay angeles buenos y malos demonios, soldados, unos de Ahura Mazda, de Angra Manyon los otros.

Todo lo que es bueno en la tierra: sol, fuego, bebida, estrellas, es obra de Ahura; todo lo que es perjudicial: tinieblas, seca, desierto, plantas venenosas, espinas, serpientes, mosquitos, ratas, escorpiones etc. es obra de Angra Manyon.

El hombre debe por lo tanto, adorar al Dios bueno.

Debe matar a las serpientes, a las ratas — alumbrar el fuego de noche para ahuyentar las tinieblas, destruyendo de ese modo la obra del dios malo.

Los funerales se hacían colocando los cadáveres sobre un lugar elevado; los perros y las aves iban a purificar el cuerpo, devorándolo.

El alma que se separa del cuerpo en la muerte, atraviesa el *Puente de Reunión* y vá, al cielo si es pura, al infierno si es mala.

Esta religión propagándose en el Occidente, ha llevado la idea de los diablos y demonios que atormentan a los pueblos de Europa.

El imperio persa, se dividía en veinte satrapías o provincias. Cada satrapía debía al rey un tributo fijo, una parte en metal (oro o plata), una parte en especies (trigo, caballos etc.) Correspondía al sátrapa, es decir al gobernador de la provincia, el hacer entrar ese tributo y enviarlo al rey.

El rey de Persia tenía sobre sus subditos un poder absoluto.

Los reyes de Persia al posesionarse de todos los pueblos del Asia, han impedido durante dos siglos, los combates, tan frecuentes anteriormente, entre los diversos pueblos que los componían.

ARQUITECTURA. Los arqueólogos han encontrado en las ruinas de Persépolis y de Suza, palacios, copias de los palacios asirios.

Pero en lugar de usar ladrillos como los asirios, los persas empleaban el mármol. Construían así columnas esbelta y de gran altura.

La tumba era un pequeño pabellón colocado sobre un pedestal.

Los palacios de Persépolis pertenecieron a Darío, Xerxés y Artaxerxes.

En esos palacios, las escaleras, donde "diez caballeros montados podían pasar de frente", estaban construidas en mármol blanco, y los muros laterales cubiertos de esculturas.

El palacio de Xerxés tenía la sala hipostila con 100 columnas.

ESCULTURA. Los persas no nos han legado ni estátuas, ni bronces, ni objetos de marfil fabricados sobre modelos propios. Toda su escultura ha sido copiada sobre la de los países circundantes. Todo ha sido tomado sobre los bajos relieves de Asiria.

En la historia de la civilización, el pueblo persa no ha aportado nada pero ha sabido asimilarse las investigaciones que durante cinco o seis mil años, antes de su existencia, todos los artistas de Egipto, de la Caldea y del Asia Menor, habían legado al mundo.

El pueblo persa sirve de lazo de unión entre el Egipto y el Asia anterior — que después de haber dado tanto a la humanidad, van a dormirse y el mundo nuevo.

Gustavo Le Bon termina así su maravilloso estudio sobre la civilización persa:

"Y la Persia que durante el gran movimiento progresivo de la civilización, no tuvo sino un rol transitorio, aparece entre las dos supremas etapas de la humanidad, como en un período de reposo cerrando la marcha realizada precediendo las luchas futuras.

Esta nación privilegiada, resplandeciente con una civilización que no es su obra, parece fundir en la gloria que la rodea los fuegos explendidos de un ocaso empurpurado y los resplandores indecisos de una nueva aurora".

S. FAURE